

Dobre, Catalina Elena, *De la Bildung a la edificación como poética de lo femenino en el pensamiento de Søren Kierkegaard. Una interpretación en el diálogo con el romanticismo alemán*, Roma: IF Press, 2015, 312 páginas, ISBN 978-88-6788-072-0.

Luis Guerrero M.

Desde hace unas décadas el debate sobre lo femenino en Kierkegaard ha ocupado a muchos especialistas del pensador danés y de otros autores que centran su atención en la interpretación cultural de lo que ahora se denomina «género». Nuestro autor se refirió frecuentemente en sus escritos a aspectos de la feminidad o a diversos personajes femeninos: distinguiendo, por ejemplo, la desesperación de la feminidad de la que es más propia de la masculinidad, o habló del carácter específico de la pena femenina, o de su entrega; se refirió a personajes de la literatura clásica como Antígona, Margarita, Doña Elvira, o mujeres históricas como la Virgen María, Thomasine Gyllembourg, Regina Olsen, o personajes femeninos inventados por él, como Cordelia, su propia Antígona, etc. Como es de esperar en un autor del siglo XIX y, sobre todo, al compararlo con la mentalidad contemporánea, algunas afirmaciones de Kierkegaard resultan polémicas y, en más de un caso, han sido calificadas de misoginia. Sin embargo, hay también muchos autores y, aquí vale la distinción, hay también muchas autoras que valoran desde distintas ópticas sus consideraciones sobre la mujer. Este es el caso del libro de la profesora Dobre sobre la edificación y poética de lo femenino en Kierkegaard.

Como su título lo indica, el propósito de la profesora Dobre es señalar la conexión, como una cierta herencia, entre la formación de la personalidad (*Bildung*) del Romanticismo y la edificación (*Opbyggelig*) kierkegaardiana, como la construcción existencial de la identidad subjetiva; ambos aspectos enfocados desde la feminidad. El texto nos da la siguiente descripción de este término clave: *Dannelse*, versión danesa del *Bildung*, y se refiere al cultivo, a la formación del espíritu; la experiencia interna que se refleja en la vida diaria, en el desarrollo de las potencialidades humanas es el tema de estas novelas de formación (*Bildungsroman*). Cuando se leen textos románticos como los de Goethe, Schleiermacher, Schlegel o Novalis puede entenderse el significado que dan a la palabra «espíritu». En nuestro mundo actual, en muchos aspectos desacralizado, se asocia esta palabra, en desuso cotidiano, a una enteología inmaterial que habita en nosotros, misma que debe ser

rechazada como invención religiosa. Sin embargo, la noción de espíritu es mucho más rica, como, por ejemplo, el impulso de nuestra interioridad con independencia de los parámetros exteriores, la libertad de crear algo con nuestra propia vida, de entender y enfrentar nuestros sentimientos más profundos, de formación de una comunidad espiritual, la relación amorosa con otra persona, de enfrentarnos a lo absoluto.

Teniendo en cuenta lo anterior, el libro aborda detenidamente tres aspectos centrales: por una parte, lleva a cabo un análisis histórico del papel de la mujer en el movimiento romántico; en segundo lugar, analiza, desde el contenido de sus diversas obras, algunos temas centrales en torno a lo femenino; y, en tercer lugar, profundiza sobre la percepción de Kierkegaard respecto a algunas mujeres de la vida cultural en Dinamarca. Estos tres elementos, en su conjunto, proporcionan un importante contexto que permite delimitar y valorar la presencia femenina tanto en las obras del filósofo danés como, en general, en el entorno del Romanticismo.

El historiador alemán Rüdiger Safranski definió el periodo de finales del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX como “los años salvajes de la filosofía”, ya que la filosofía todavía brillaba en todo su esplendor, nunca hasta entonces se había depositado tanta pasión en el pensamiento filosófico. Hablar de lo femenino y su papel social en esa época no es buscar una aguja en un pajar; por el contrario, es un tema central de esos años salvajes de la filosofía. Hay autores que, pretendiendo hacer un recuento histórico de la emancipación femenina, tienen una visión muy corta y la reducen, por ejemplo: al voto de la mujer, o a la “La Convención sobre los derechos políticos de la mujer” de mediados del siglo XX, o a la publicación del libro de Simone de Beauvoir: *El segundo sexo*, en 1949, o el *Mouvement de libération des femmes* que surge en Francia en 1970, o los movimientos de liberación o revolución sexual de esa época. Sin embargo, los antecedentes más profundos y que, en muchos sentidos, tristemente se han olvidado son los que introdujo el Romanticismo y el consecuente debate moral de aquella época.

Para ilustrar este debate cito uno de los muchos pasajes de Hegel en donde hace una crítica a la postura Romántica, pues no duda en calificarla como la peor y oscurísima forma de mal: “Es la vanidad de todo contenido ético de los derechos, deberes y leyes; agregando además la vanidad subjetiva de conocerse a sí mismo como la vanidad de todo contenido”¹. No es

¹ Hegel, *Filosofía del derecho*, trad. Laura Mues y Eduardo Ceballos, Ciudad de México: UNAM, 1985, p. 158, & 140.

coincidencia que estas críticas sean el antecedente, unas páginas después, de su estudio sobre la importancia ética del matrimonio, la familia y los hijos. Los románticos por su parte contestaron a Hegel y a los representantes de la moral tradicional con su famosa ironía y con obras como *Lucinda*, en donde, con irónico ingenio, se provoca y reta, desde esa subjetividad criticada por Hegel, las normas anquilosadas de aquella sociedad. La profesora Dobre afirma que la mujer fue por mucho tiempo esclava de una moral dogmática, su sentir femenino se fue aniquilando, pero alrededor de 1860, una vez que se pone en marcha el movimiento romántico, se inició también el proceso de liberación y emancipación de la mujer mediante su presencia en la vida pública, participando en varias actividades sociales y culturales. Así, fueron las mujeres quienes contribuyeron al cambio total de mentalidad al crear los famosos salones literarios y al contribuir a la difusión de ideas y, en consecuencia, a la creación de cultura. Los salones eran casas de familias que, ordinariamente, con la excusa de una cena lograban reunir hombres y mujeres, a amigos, políticos, artistas, escritores, filósofos, pastores o sacerdotes, para dialogar sobre diversos temas, tomando el pulso de la sociedad, y se comentaban las publicaciones recientes. Afirma la autora: “No exageramos si afirmamos que la creación de estos lugares se debe a mujeres vanguardistas que quisieron, antes que nada, romper con las limitaciones de su propia religión y clase social. Eran mujeres que no encontraban su lugar dentro de un ámbito social superficial y apegado a seguir una moral cuestionable”².

Por otra parte, el género epistolar era el más accesible y mediante el cual se transmitía todo tipo de vivencias, de sentimientos, de tal manera que las cartas se volvían testigos de verdaderos escenarios dramáticos en los que el amor, el sufrimiento y la ilusión constituyeron los “personajes principales” de estas cartas, las cuales tendrán una importancia decisiva para el desarrollo de la *Bildung*; las cartas de estas mujeres eran para ellas mismas los espejos en los cuales reflejaban su vida interior, la verdad oculta de sus existencias. Era también una forma sutil y delicada de crear un lazo entre sus vidas privadas y la esfera pública, ya que, como a veces no tenían la posibilidad de decir en público sus ideas, las cartas les ofrecían esta posibilidad. Las cartas, una buena carta, tienen como interlocutor a un confidente al que se le puede abrir el corazón. Al escribir una carta, en cierto sentido hay un ejercicio de reconocimiento interior, un monólogo donde se reflexiona sobre hechos cotidianos o más relevantes, pero a estos

² Dobre, p. 40.

se les atribuye un sentido más profundo, buscando una visión más amplia de la realidad. En una carta uno puede darse el lujo de ordenar sus ideas y de “filosofar” sobre muchas cosas.

Birgit Bertung afirma que lo que escribe Kierkegaard sobre la mujer no son deducciones teóricas sobre el concepto de la mujer, como si esta fuera un objeto de estudio de la ciencia, sino que parte de provocaciones poéticas, como lo hace, por ejemplo, en *Siluetas*. La profesora Dobre retoma esta expresión de Bertung para hablar de la poética de lo femenino, la cual, partiendo de una recreación estética al modo romántico, se eleva a una consideración edificante por medio de aspectos ético-religiosos. El análisis de esta poética de lo femenino lo desarrolla desde cuatro aspectos centrales. En primer lugar, por medio de la metamorfosis de la interioridad como atributo de la naturaleza femenina: haciendo una referencia al gusto de Kierkegaard por el teatro, la autora se refiere a artículo de Kierkegaard de 1848 “La crisis y la crisis en la vida de una actriz”, que alude a la famosa actriz danesa Johanne Luise Heiberg, quien rompió todos los prejuicios sobre la actuación cuando, a una edad ya no muy joven, representó a Julieta, la joven enamorada. Es la capacidad de una metamorfosis interior que sale al paso de categorías exteriores como puede ser la temporalidad. En segundo lugar, la mujer como *ser-para-otro*: una de las diferencias entre el hombre y la mujer planteadas por los seudónimos kierkegaardianos es el hombre como un *ser-para-sí*, y la mujer como un *ser-para-otro*. Aunque esta distinción pueda tener una carga estética, sin embargo, como afirma la profesora Dobre, estas diferencias son importantes en el proceso de auto-realización de la conciencia, para así poder abandonar por libre voluntad lo que los separan y buscar lo que los une, pero esto solo es posible en el momento en el cual tanto hombre como mujer se asumen como espíritu porque el acto de devenir espíritu anula cualquier diferencia. En tercer lugar, está un tema antropológico desarrollado ampliamente por la profesora Dobre en diversos escritos: el silencio, y específicamente en este contexto, el silencio como virtud femenina por excelencia. Hay que considerar, antes que nada, que el silencio femenino no se refiere a la subyugación por medio de la cual se le exige callar; el silencio tiene, en relación con la mujer, un estatus mucho más profundo; mediante el silencio Kierkegaard proyectó en la mujer una virtud que la eleva y la convierte en dueña de la vida privada. El filósofo danés asocia la vida pública con el ruido, con la charla, con la multitud, con lo impersonal y con el engaño; a esta vida pública opone lo privado, la interioridad, el silencio. Finalmente, en cuarto lugar, la edificación de la mujer como la

realización de la verdadera vida poética mediante el matrimonio; si bien este pudiera parecer el aspecto más polémico de los cuatro, la profesora Dobre hace una lectura más conciliadora. Nuevamente hay que aclarar que su postura no es la de un matrimonio bajo los parámetros de una moral decadente y rígida, o la de un simple contrato o arreglo social, sino de una relación en la que fluyen las otras características femeninas. La propuesta de Kierkegaard en torno al matrimonio, afirma la autora, es precisamente para rescatar lo valioso de la mujer, que se refleja en la relación de total alteridad. Ante la propuesta estética del amor erótico e ideal, donde los seductores ven en la mujer «el sexo débil» o el «objeto de placer», propone el amor conyugal, es decir, el matrimonio como relación poética en la que el amor ideal se concretiza en la temporalidad.

El libro, en su conjunto, es un amplio e interesante análisis tanto del contexto histórico y cultural del Romanticismo, como del pensamiento sobre la mujer y lo femenino en las obras de Kierkegaard. Es gratificante leer esta interpretación, en muchos aspectos novedosa, de este tema tan controvertido, especialmente por tratarse, como ya lo mencioné, de una autora. El libro describe muchos argumentos fácticos (históricos) de la valoración y esfuerzo de las mujeres en aquella época salvaje de la filosofía.